

TRUMP Y LA NUEVA POLÍTICA



JOSÉ MANUEL SERRANO

EL RECIENTE NOMBRAMIENTO DE DONALD Trump como Presidente de los Estados Unidos tras su sonoro triunfo en las elecciones del pasado noviembre, ha supuesto un tsunami político difícil de digerir para muchos analistas, corporaciones financieras, medios de comunicación, y en general, para una amplia capa de la sociedad tanto norteamericana como mundial. Sin embargo, vale la pena hacer un ligero análisis de lo acontecido desde noviembre para establecer un balance de lo que puede venir.

Vendido desde el principio por los demócratas como un ser peligroso, adusto, grosero, impertinente y manipulador, no lograron convencer al pueblo estadounidense, sin embargo, de las bondades del *stablishment*, el mismo que ha llevado a Estados Unidos al limbo político. Sin embargo, tras el fracaso de Clinton y el partido Demócrata se esconde una verdad incómoda que es la que otorgó a Trump una victoria que para muchos es una prueba del colapso político del *american way of life*, pero para otros (entre los que me encuentro) supone la culminación de un proceso inevitable de reestructuración del modo de hacer política a nivel mundial.

Para empezar, deben tranquilizarse aquellos que creen que Trump se levantará una mañana cualquiera a apretar el botón nuclear, o que cancelará un domingo por la tarde una

docena de tratados y acuerdos internacionales, o que invadirá un país a elección de su propio dedo sobre un mapa. Nada de eso va a ocurrir. Es cierto que ya canceló el Tratado Transpacífico de comercio, pero pocos han pensado que era un acuerdo inoperante. Igualmente cerró la sección en español de la web de la Casa Blanca, pero no deja de ser un guiño a la América WASP (*White-Anglo-Saxon and Protestant*) que lo ha encumbrado. De la misma manera, ha anunciado medidas masivas de rebajas de impuestos, y ha aprobado la apertura de oleoductos (que darán miles de trabajos) pese a la impopularidad de la *América verde*. Obviamente, a muchos no les gustan estas medidas, escoradas descaradamente a un relanzamiento del empleo sin las suspicacias medioambientales de siempre, pero pocos se han dado cuenta de que cada una de estas medidas está consensuada, pensada y calibrada para hacer que la clase media norteamericana (la más dinámica del planeta) adquiera un poder adquisitivo perdido objetivamente durante el mandato de Obama.

¿Trump está haciendo todo lo que quiere? Por mucho que se critique al sistema estadounidense, él está diseñado para que todos los poderes mantengan una primacía limitada respecto de los demás, siendo el presidente quien más cortapisas tiene. Pese a ser un sistema presidencialista puro, el modelo americano se basa en una infinidad de frenos y equilibrios (*brakes and balances*) que hacen del poder presidencial un juego malabarista de querer y no poder (como bien pudo comprobar Barak Obama), y

en donde la negociación supone la principal cualidad de cualquier mandatario. Ni siquiera que los republicanos controlen ambas cámaras (muy exiguamente) o que la Corte Suprema gire hacia el conservadurismo, implica que el presidente logre todos sus propósitos. No olvidemos que en el sistema político estadounidense no existe disciplina de voto, ya que tanto senadores como congresistas son responsables ante sus electores directos y no ante el partido, y sabemos que históricamente republicanos y demócratas votan en función de los intereses de sus respectivos estados. Igualmente, no pocos republicanos electos en ambas cámaras han sido y son abiertamente críticos, cuando no claramente contrarios, al que es ya presidente.

Lo que Trump está haciendo es mostrarle al pueblo estadounidense las limitaciones de su sistema político y su desorientada proyección en política exterior. Ha criticado abiertamente los entresijos del poder, la mezquindad de las compañías que hablan en nombre de Estados Unidos mientras llevan sus fábricas a China o el sudeste asiático, la paradoja de ser una gran potencia con un creciente gasto militar pero sin capacidad para resolver conflictos, o los efectos de una política migratoria sin control (puertas abiertas) que ha socavado la percepción que el estadounidense tenía sobre su propia seguridad y trabajo en leal competencia.

Al margen de estos elementos, importa ahora indicar qué representa Trump para que el pueblo estadounidense le haya otorgado una confianza que hace un año pocos podían imaginar. De entrada, lo que no es. El nuevo presidente no es un populista, como aducen algunos. Un populista es quien lanza mensajes irrealizables al pueblo con el ánimo de obtener una adhesión inquebrantable hacia un programa político que solo beneficiará a un segmento de la población, por lo común, afectos al líder. El populista instrumentaliza el dolor, la angustia, para obtener réditos, y lo canaliza con mensajes simples de paz y prosperidad, pero sin bases de ejecución sólidas. Promete *pan y circo* pero ni sabe cómo hacerlo ni tiene verdadera intención de culminarlo.

Trump representa otra cosa y está tomando medidas en direcciones bastante predecibles, al menos hasta el momento. El presidente ha logrado vencer los resortes de la tiranía de un sistema dominado después de 1945 por un *establishment* (clase política en el sentido amplio) que basa sus relaciones en intereses sectarios, la manipulación de la opinión pública y una descarada hipocresía. Lo sorprendente no fue la victoria de Trump, sino la nominación de su rival Clinton, fiel reflejo de esos grupos de poder tan bien descritos en el film *Charlie Wilson's War* (2007), traducida al español con el nombre de *Juego de Poder*. El nuevo presidente se presentó a la nominación sabiendo el hartazgo del estadounidense medio con un sistema en donde los dirigentes rara vez dicen lo que piensan, y en el que lo más importante es la supervivencia política. Su modo de hacer política (gobernanza) está siendo un reflejo directo de la Norteamérica blanca y de clase media que ya no soportaba el discurso baladí de un *establishment* encerrado en vender humo, palabras al viento y alabanzas hacia la libertad; palabra que se ha convertido en fetiche para aquellos que desean insertarse en el sistema o sobrevivir en él. El cambiante mundo globalizado ha provocado que la poderosa clase media estadounidense esté en crisis pese a los mensajes de bonanza y poderío de su propia clase política, que anuncia bondades mientras ella se empobrece. Y lo hace porque Estados Unidos ha perdido el norte de su política

exterior, sostenida arbitrariamente sobre el sueño de una grandeza que no se percibe en la calle. De igual forma, esta clase política defiende una riqueza que al hombre normal se le escapa de las manos, con cierres de fábricas, descenso de salarios y escasa competitividad.

Lo que sí puede ver el estadounidense común es que el conteo de muertos en Irak continúa, sin saber por qué ni qué papel tiene Estados Unidos allá; que China dispone del 20% de la deuda externa americana haciendo que sus competentes productos colapsen los bienes americanos dentro y fuera del país; o que los impuestos aumenten progresivamente sin un equiparable incremento de los beneficios sociales y asistenciales. Obama (demócrata y típico representante del cabildeo en Washington) amplió el techo de la deuda (que ya supera el 100% del PIB), aumentó los impuestos y aprobó recortes sociales a largo plazo. El país igualitario que defendió en 2008 se vio supeditado a los intereses de los grupos dominantes en Wall Street, el Pentágono, las agencias de seguridad, los lobbies y las grandes multinacionales de exportación. Como resultado, China es desde 2015 (según el propio FMI) la primera economía mundial sin necesidad de desangrarse en Irak, ni de disponer de 800 bases militares de dudosa viabilidad en más de 50 países.

Lo que Trump está haciendo es mostrarle al pueblo estadounidense las limitaciones de su sistema político y su desorientada proyección en política exterior. Ha criticado abiertamente los entresijos del poder, la mezquindad de las compañías que hablan en nombre de Estados Unidos mientras llevan sus fábricas a China o el sudeste asiático, la paradoja de ser una gran potencia con un creciente gasto militar pero sin capacidad para resolver conflictos, o los efectos de una política migratoria sin control (puertas abiertas) que ha socavado la percepción que el estadounidense tenía sobre su propia seguridad y trabajo en leal competencia. Trump no se ha vuelto peligroso para el *establishment* por su lenguaje soez, sus bravuconadas o su machismo, sino porque es un *outsider* que ha sido capaz de conectar con lo que piensa la clase media estadounidense. Ha sido el primer presidente en ser elegido criticando sin piedad al

mismo sistema que lo cobija, y eso ha sido valorado positivamente por una sociedad que necesitaba a alguien que les mostrara que Estados Unidos no es el ombligo del mundo.

De la misma forma, su programa no es tan irrealizable como muchos piensan. Bajar impuestos o proteger la industria nacional son aspectos que ya realizaron otros, como Ronald Reagan. Es cierto que el actor-presidente era un ideólogo de la derecha norteamericana y que asumió gran parte de las reglas de la clase política, mientras que Trump es un rico advenedizo sin cohesión ideológica con el *establishment*. Pero el actual presidente no necesita ser un gurú ideológico, sino analizar (como hizo) cuáles son los problemas reales del estadounidense medio. El poder adquisitivo de esta clase ha descendido en la última década y siente más temor que nunca por las cuestiones de su propia seguridad. Por ello, Trump está haciendo justo aquello que el ciudadano de a pie necesitaba ver: seguridad y empleo.

El actual presidente está firmando órdenes ejecutivas como primeras medidas a sabiendas de que tales órdenes son de mesurada aplicabilidad. Ninguno de los anteriores presidentes pudo gobernar *por decreto*, porque las Comisiones del Senado o la Cámara de Representantes son los órganos que realmente hacen funcionar al país. Como era previsible, anunció la construcción del famoso muro con México, pero sabe perfectamente que tendrá que negociar con los mismos actores políticos que critica. Decirle a Peña Nieto que México pagará dicha eventual construcción es un guiño retórico hacia quienes le dieron su voto por cuestiones de seguridad. Pero él sabe perfectamente que no puede inventar un arancel sin el beneplácito del Congreso porque los mismos que deben votarlo son presidentes, consejeros o industriales de bienes de equipo que venden al país vecino, y por tanto, no desearían ver sus productos gravados por México en una absurda guerra arancelaria que socavaría las bases de la propia clase media estadounidense. Sin embargo, la principal arma de Trump es que siempre podrá acogerse a las limitaciones de los otros actores de la política para justificar la lentitud o el incumplimiento de algunas de sus medidas,

algo que le granjeará incluso un mayor apoyo popular. O dicho de otra forma, lo que está haciendo y hará será un difícil (pero para él divertido) juego de equilibrios entre las acciones directas de cara a la Nación y la negociación entre bastidores con los *lobbies* del Senado.

La voluntad de hablar claro y de problemas reales, disminuyendo incluso la propia grandeza que se le presupone a su nación, es una nueva forma de hacer política, alejada de la clásica hipocresía del sistema y sus protagonistas, y revolucionando las normas de apoyo social a un programa. Con Trump se ha comprobado que los políticos pueden y deben perder el miedo a señalar los problemas y sus culpables, aunque para ello haya que apuntar con el dedo al sistema entero. El pueblo valora más al que señala la hipocresía como el verdadero mal, que al que oculta los problemas con una doble dosis de *caínismo*. Igualmente al presidente no le importan los índices de popularidad porque éstos, en gran medida, están controlados por los *media* contrarios a su modo de hacer política, afines por lo común a los demócratas. Lo que le interesa realmente es mostrar a la clase media que tiene iniciativa para atacar sus problemas, sean estos reales o ficticios.

La gran ventaja de Trump, frente al populismo demagógico (que no es más que una forma de hipocresía simplista), es que Estados Unidos dispone de la potencia económica y social suficiente para dar un golpe de timón frente a aquellos que, por falta de voluntad o aburguesamiento al sistema, prefieren los cantos de cisne, las mentiras sistemáticas o la autocomplacencia, en vez de agudizar los sentidos para observar sus propias limitaciones.

Y no olvidemos lo que está pasando. Desde el día siguiente a su victoria electoral, Trump comenzó a suavizar sus mensajes, a elegir con cuidado a sus asesores, y a discutir con los *lobbies* del Senado a quiénes podían y a quiénes no podían aceptar como secretarios. Los *brakes and balances* ya están en funcionamiento porque son la misma esencia del sistema, pero el nuevo presidente va a seguir mostrando ese olfato que le dio la sorprendente victoria. Mezclará medidas de su programa, aliviará otras y tenderá una cortina de humo sobre aquellas que

requieran complicados juegos malabares. Pero tanto en unas como en otras, dirá siempre lo que piensa, y señalará tanto a aquellos que están con él como a quienes le ponen limitaciones.

De igual forma, sus relaciones con Rusia, Europa o China están caminando por senderos bastante predecibles. Amenazar a México es una cosa, y otra muy diferente jugar con naciones poderosas o áreas geopolíticas vitales para el equilibrio comercial y de seguridad de Estados Unidos. Nunca entrará en una guerra comercial con el gigante asiático porque perdería; pero renegociará acuerdos comerciales a cambio de esquemas de seguridad, todo ello con el beneplácito de los consorcios industriales americanos. Tratará a Europa con cierto desdén, pero igualmente no podrá renunciar al 20% del mercado de los productos estadounidenses y donde tiene el 26% de su inversión directa. Con Rusia lo que busca, en realidad, es un reajuste geopolítico. Mientras Putin no trate de extender su influencia sobre Europa Oriental, Trump —el Pentágono y la primera industria del país (la guerra) —, va a concentrarse en el Próximo Oriente donde buscará solventar dos problemas a la vez. Por una parte, asegurarse la estabilidad regional de fuentes de energía, esencial para controlar los precios mundiales de los productos que finalmente entran en la mesa de la clase media estadounidense; y por otra, acabar con el islamismo radical como parte de su programa de defensa externa de la seguridad de los norteamericanos, sin duda, epicentro de su ideario.

Finalmente, quienes señalan a Trump como un antipatriota por levantar la alfombra de la mezquindad, deberían estar atentos a la frase del filósofo norteamericano Edward P. Abbey: *Un patriota debe siempre estar listo para defender su país contra su propio gobierno*. Eso es lo que está haciendo el presidente. Pero igual que Kennedy y posteriores jefes de la Casa Blanca, él también tendrá que avenirse al rudo e inevitable juego de alianzas, negociaciones y cesiones con poderes mucho mayores que el suyo. ■